

Agosto 12/72

Entregas 47 y 48.

INSTRUCCION. RECREO. MORALIDAD.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

VIAJE

HISTÓRICO, GEOGRÁFICO, CIENTÍFICO, RECREATIVO Y PINTORESCO. HISTORIA POPULAR DE ESPAÑA

EN SU PARTE GEOGRÁFICA, CIVIL Y POLÍTICA, PUESTA AL ALCANCE DE TODAS LAS FORTUNAS Y DE TODAS LAS INTELIGENCIAS.

VIAJE RECREATIVO Y PINTORESCO

ABRAZANDO:

las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.

OBRA ILUSTRADA

CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

REPRESENTANDO:

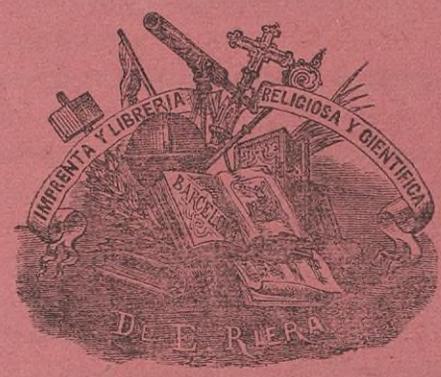
los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos.

Y ESCRITA

EN VIRTUD DE LOS DATOS ADQUIRIDOS EN LAS MISMAS LOCALIDADES

POR

UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.



BARCELONA: IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA, calle de Robador, n.º 24 y 26

1872.

ISLA DE CUBA.

PUERTO-RICO.

FILIPINAS.

FERNANDO POO.

ISLAS CANARIAS.

L47 2921



desgracia mas irreparable todavia, la de tener que ir á vivir con sus tios por el fallecimiento de sus padres.

La atmósfera en que la necesidad la obligaba á vivir la ahogaba.

Así fue, que saludó el incidente de la noche en que la salvó Martin como un cambio favorable para su vida futura.

No reparó en la posicion del frenero; no vió mas que su accion y con ese instinto de la mujer que raras veces se equivoca, comprendió que en su corazon residia la verdadera nobleza.

La paga que D.<sup>a</sup> Inés trató de dar á su salvador, la hirió profundamente porque al juzgarle por los mismos sentimientos suyos, conocia muy bien que era hacerle una ofensa.

Así fue, que al dia inmediato tras una noche de mortal insomnio se dirigió á la casa del jóven, y con sus frases procuró atenuar el efecto producido por su tia.

Salió de allí y su corazon estaba inquieto.

Juzgó en un principio que era la gratitud solamente la que embargaba su ser.

Mas ¡ay! al ver que el fantasma de sus sueños tomaba las formas agraciadas y varoniles de Martin, al oír siempre resonando en su oído aquel acento dulce y acariciador, no pudo menos de comprender que á la gratitud habia sucedido otra clase de sentimiento.

Al verle pasar el primer dia por delante de sus ventanas, comprendió que pasaba por ella y esperó el siguiente porque tenia la seguridad de que iria.

El pudor innato en la mujer honrada, impidióla mostrarse á los ojos del mancebo, y ya hemos visto que este juzgando de distinta manera, creyó que no era correspondido y su abatimiento prodújole una pasion de ánimo que le impidió salir mas de su casa.

Isabel le esperó en vano al dia inmediato.

Cuando pasó el siguiente y tampoco se presentó delante de su casa, su inquietud y su disgusto fueron extraordinarios.

Su corazon la decia que la ausencia del jóven no reconocia por causa el olvido, sino tal vez otro motivo mas poderoso.

Entonces se arrepentia de no haberse mostrado á él, cuando comprendió que pasaba por verla solamente.

Y tanta fue su impaciencia, tan grande su inquietud, que mandó preparar la silla de manos y acompañada de una de sus dueñas se dirigió hácia la tienda del frenero.

.....

A las palabras que Martin pronunció siguiéronse algunos momentos de silencio.

Isabel á pretexto de que no se molestase la dueña, hizo que se quedase en la litera y ella sola penetró en la tienda.

Así era que los dos jóvenes se encontraban libres de que nadie les escuchara.

—Cuánto bien me ha hecho vuestra presencia,—dijo Martin al cabo de algunos segundos.

—¿Estais enfermo?—preguntóle Isabel con tembloroso acento.

—Lo estaba; pero os juro por mi salvacion que ahora me encuentro mucho mejor.

— Pláceme haber llegado en ocasion tan oportuna.

— Tampoco vos parece que os encontráis muy buena; las rosas de vuestras mejillas hanse tornado en pálidas azucenas y en vuestros ojos han dejado su azulada huella los insomnios y el dolor.

— Sufrimientos pasajeros.

— ¡Cuánto diera por podérselos evitar!

— Tambien yo quisiera que estuviese en mi mano evitar vuestros dolores.

— ¡Cuán buena sois!

— Elogiáisme con demasiado ardor y mucho temo que en esos elogios haya mas de galantería que de sinceridad.

— ¡Ay, señora! si pudiérais ver mi corazon, si fuera posible que os le mostrara, comprenderíais que en él no existe un solo átomo donde pueda encerrarse la ficcion. Parecéisme un ángel, creo que sois la mujer mas bella de la tierra y la mas buena y la mas santa, y si la muerte hubiera de recibir por hacer esta confesion, la muerte arrostraria repitiendo lo que os acabo de decir.

Isabel no pudo contestar. Las palabras del jóven acentuadas de un modo que no dejaba lugar á duda alguna, la hicieron estremecer de felicidad.

Inclinó la vista ruborizada y palpitante, y así permaneció algunos segundos.

Martin equivocó la causa de su silencio y con acento triste y melancólico continuó:

— Os he ofendido señora, lo comprendo; olvidéme de la distancia que nos separaba, no tuve en cuenta que vos sois una noble dama y yo un pobre villano. Perdonadme y olvidad lo que os pudo ofender.

— Si no me habeis ofendido, — repuso Isabel casi con el llanto en los ojos. — ¿Cómo pudisteis suponer semejante cosa?

— ¿Que no os he ofendido señora? ¿Será verdad? ¡Oh! volvédmelo á repetir porque creo que voy á desfallecer de alegría.

— ¿Acaso las palabras que nacen del corazon pueden causar ofensa? Lo que ofende es lo que no se siente, lo que no es verdad.

— ¡Bendita seais!

— Habeis hablado de distancia que nos separa, y por Dios, que estuvisteis injusto. ¿La reparásteis vos cuando acudisteis á salvarme?

— No hableis de mi si os place.

— Si tal; á vuestras frases opongo vuestras mismas acciones; si vos no mirásteis la clase ni la condicion de la mujer que demandaba auxilio, y eso que se trataba de vuestra vida ¿cómo he de reparar yo en ella, tratándose de frases que me halagan y me honran?

— Señora, reparad que vais á hacerme sucumbir de felicidad.

— ¿Por qué?

— Porque tanta dicha, ventura tanta, ni la habia soñado ni en ella podia esperar.

— Mal me habíais juzgado.

— Os juzgaba, no por vos, que siempre os he creído un ángel; os juzgaba por la raza á que perteneceis. ¿Qué somos nosotros, pobres villanos, para esos grandes señores?

nada, lo mas despreciable, lo mas abyecto, seres á quienes se paga con un puñado de oro.

— No prosigais. Olvidad aquella escena, siquiera porque soy yo quien os lo ruega.

— Y bien mirado señora, debo todavía bendecirla, puesto que á ella debo la primera felicidad que he disfrutado.

— Felicidad bien pobre debeis decir.

— Ya veis si para mí es grande, que dos dias que no os ví, causáronme el estado en que me veis.

— Pero yo pude veros, yo estaba en las ventanas de mi aposento.

— ¡ Vos!

— Si tal.

— Comprendo ahora que juzgásteis atrevimiento en mí el pasear por vuestra calle, y no quisísteis mostráros á mis ojos.

— Si de atrevimiento lo hubiese juzgado no viniera á veros.

— ¡ Oh, señora! teneis razon; tened lástima de mí porque yo la he perdido desde el instante que os ví.

Aun permaneció Isabel algun tiempo en casa de Martin.

Las telas que este tenia en su tienda sirvieron como la primera vez de pretexto para su estancia, y cuando la abandonó sus corazones habian acabado de entenderse.

Fácil es de comprender que la mejoría de Martin seria excesivamente rápida.

Amaba y era amado.

Su amigo que se habia afligido con su abatimiento afligióse doblemente con su alegría.

No trató de averiguar la causa, no hizo preguntas á su amigo porque sabia que en estos asuntos ni es discreto preguntar, ni digno de un hombre que en algo se estime hacer confidencias en que va envuelto el nombre de una dama.

Desde aquel dia, á las altas horas de la noche abríase recatadamente una reja de la casa de D.<sup>a</sup> Inés y una forma blanca aparecia en ella.

Un galan cubierto el rostro con el embozo de su capa aproximábase, y durante una hora un coloquio tierno, enamorado, casto y puro se cruzaba entre los dos personajes.

Cielo sin nubes aquel amor, llenaba de felicidad á Isabel y á Martin.

Mas, ¡ ay! ¿ cuál debia ser el desenlace de semejante pasion?

Muchas veces á sus solas hiciéronse esta pregunta los dos amantes, y ambos procuraron desechar las tristes ideas que se les ocurrian.

Desgraciadamente la realidad llegó bien pronto.

Alguna comadre de la vecindad apercibióse de aquel galan que no se mostraba más que entre las tinieblas de la noche, comentóse este hecho, observóse al embozado, se le vió aproximarse á las ventanas del palacio, y de las viejas á las mozueltas, y de estas á los escuderos y de los escuderos á los pajes, y de estos á las doncellas de D.<sup>a</sup> Inés fué corriendo la noticia hasta que llegó á entenderla la misma esposa de D. Luis Carrillo de Albornoz.

La dama orgullosa y altiva, doblemente irritada porque á su casa se referian aque-

llas murmuraciones, púsose en acecho y vió que quien daba pábulo á ellas era su misma sobrina.

Al día siguiente de haber hecho semejante descubrimiento mandó llamar á la jóven. Bien ajena se hallaba Isabel del objeto de aquella llamada.

Presentóse sin temor alguno y dijo :

—¿Me habeis llamado señora?

—Necesito hablar contigo, mejor dicho, quiero darte una nueva que no podrá menos de agradarte.

—Si á vos y á mi noble tio place, segura podeis estar que ha de dejarme completamente satisfecha tambien.

—Así lo espero. Se trata hija mia tanto de cumplir con los deseos de tu buen padre, que en gloria esté, cuanto de llenar una de las mas grandes aspiraciones de mi vida, la de unir nuestra noble casa con la de los Azagras de Aragon.

—¿Qué quereis decir? preguntó Isabel á quien un presentimiento terrible agitó en aquel momento.

—D. García de Azagra, el noble amigo de tu padre, há tiempo solicitó tu mano.

—Pero tuvisteis en cuenta segun entonces me dijérais, la horrible desproporcion que en nuestras edades existe.

—Es verdad, mas despues de bien reflexionado hemos comprendido tanto tu tio como yo, que tu padre desde el cielo aprobaria esta union, y que D. García podria hacerte muy dichosa, porque tú sabrias cumplir tus deberes como honrada y buena.

—Pero si apenas le conozco.

—Su nobleza es de las primeras de España.

—Si no he hablado de su condicion señora, he dicho que apenas le conozco, que sé solamente que es muy anciano, y que para hacer feliz á un esposo y vivir dichosa la mujer, es necesario que exista el amor.

—Es que él te ama.

—Pero ¿y yo?

—Tú le amarás tambien cuando tengas la obligacion y el deber de hacerlo.

—El afecto, el cariño, el amor señora no se siente jamás por obligacion. El deber podrá sostenerlo, si quereis, pero no puede crearlo.

—Paréceme, sobrina, que te expresas con sobrado calor. Hallo en tí demasiado conocimiento de eso que llamas amor, y es necesario para ser la esposa de D. García de Azagra que ignores algo mas.

El acento con que generalmente hablaba D.<sup>a</sup> Inés era frio, ceremonioso y altanero, pero el que usó para pronunciar las anteriores palabras era mucho mas frio, mucho mas punzante que el usual.

Así fue que la impresion recibida por Isabel fue mucho mayor.

Sin embargo, la jóven hizo un esfuerzo; no queria ceder sin intentar la resistencia.

D. García de Azagra, el esposo que le ofrecian, era un anciano aragonés brusco, desabrido y mal encarado; enyanecido de los blasones de su casa, era soldado mas que cortesano, y con ninguna dote para interesar el corazon de una mujer.

Era muy rico y muy noble; estos eran los títulos que únicamente tenía para el interés que por él se tomaba D.<sup>a</sup> Inés.

Egoísta y duro, sus vasallos tenían que sufrir en más de una ocasión las consecuencias de su humor atrabiliario y poco complaciente, y en resúmen, era más á propósito para habitar en su sombrío castillo edificado en medio de las montañas, que para hacer agradable y feliz la existencia de su esposa.

Isabel se estremecía á la sola idea de llegar á pertenecer á semejante personaje.

Así fue que reuniendo todo su valor, porque mucho se necesitaba para contrariar á una dama tal como D.<sup>a</sup> Inés, la dijo:

—Ved, tía, que siempre se necesita amar al esposo con quien una se ha de unir.

—¿Y qué quieres decirme con eso?

—Que D. García de Azagra, á quien respeto y venero como debo, no me inspira ese cariño que vos misma debíais sentir hácia mi tío cuando le concedisteis vuestra mano.

—Pero desventurada—exclamó D.<sup>a</sup> Inés,—¿tan indispensable crees el amor para unirte á un hombre? Yo amaba á tu tío porque era noble, porque con su unión engrandecía doblemente mi blason; por lo demás no he conocido otra clase de cariño.

—¡Eso es horrible!

—Lo horrible y lo indigno—prosiguió D.<sup>a</sup> Inés bajando la voz y acentuando de un modo terrible cada una de sus palabras—es el escuchar frases enamoradas de donceles que se esconden entre las sombras de la noche.

—¿Qué queréis decir?—preguntó Isabel temblorosa y agitada.

—Que para escarnio de nuestra noble estirpe, en mengua del vuestro y de mi decoro, se murmura de vos, se lleva en lenguas vuestro honor y el mío, y esto es necesario que concluya.

—Mas...

—Decid, sobrina, ¿quién es ese galán que á deshoras viene al pié de vuestra reja, que su rostro encubre, y que trueca con vos enamoradas frases?

—¡Oh! piedad, señora.

—Cuando su rostro oculta no muy nobles serán sus pensamientos; si así lo fueran, mostrárase á la faz del día.

—Pero os han engañado—murmuró la jóven tratando de resistir todavía.

—¡Engañarme, decís! ¿Y teneis valor de negar aun? Bien se ve todo lo ruin de vuestro amor cuando así de él os avergonzais.

A estas palabras y mucho más al acento con que fueron pronunciadas, sintió Isabel que su amor se sublevaba al verse tan indignamente ultrajado.

Alzó fieramente la cabeza, y fijando en su tía su limpia mirada en la que resplandecía toda la dignidad y nobleza de su corazón, dijo:

—Basta, señora; nada hay en el amor que siento que pueda avergonzarme. Si no es noble por sus antepasados el hombre que amo, lo es por sus acciones, por sus honrados hechos. Con honra nací y no la he mancillado todavía; si mi amor no os place á vos que creéis que todo lo encubre un pergamino y un blason, obrad como gustéis, pero no ultrajeis á la que sabe mantener ileso el honor que de su padre recibiera y el amor que siente hácia un hombre generoso.

Durante un breve espacio estuvo D.<sup>a</sup> Inés sin poder contestar una sola frase.

Tanta audacia por parte de su sobrina la hizo enmudecer.

Mas la reaccion no tardó en llegar, y violenta y dura como consecuencia lógica de la humillacion que semejante carácter recibiera.

Fijó en su sobrina los irritados ojos, y con voz que sorda al principio fue gradualmente elevándose y acentuándola, la dijo :

— Con que amas, y amas á un plebeyo, á un villano que no tiene otro blason que esas acciones de que estás tan orgullosa. Indigna criatura, ¿y has creido que ese amor seria apadrinado por tu tio, por mí, cuya voluntad es indomable, y que no consentiré jamás en una union que desluzca los altos timbres de nuestra nobleza? ¡Bien presentia yo al decir que el miserable que el rostro encubria y que en las sombras de la noche se ocultaba era indigno de mostrarse á la faz del día !

— Ved, señora, que ofendeis al hombre que amo — gritó Isabel haciendo un esfuerzo.

— Imposible; hoy no puedes amar á un villano.

— Ese hombre me salvó la vida.

— ¡ Ah !

Y esta exclamacion exhalada de los labios de D.<sup>a</sup> Inés al escuchar la imprudente revelacion de la jóven fue tan expresiva, que Isabel no pudo menos de estremecerse mirando á su tia con espantados ojos.

Esta dijo al cabo de breves segundos :

— ¿ Con que tu amante es el miserable frenero que te salvó la vida tal vez de un lazo tendido por él mismo ?

— ¡ Señora !

— ¡ Quién sabe ! Esos villanos son capaces de cualquier cosa ; si se prendó de tí ¿ por qué no valerse de esa infamia para conseguir interesar tu corazon ? ¿ De qué otro modo pudiera haberlo conseguido ?

— ¡ Qué ruin pensamiento !

— ¿ Tan elevados acaso son los tuyos ?

— Mal juzgais á quien por su sola accion demuestra mas nobleza que tantos otros que se precian de nobles.

— ¿ Y qué fin has pensado que tendrán esos amores en que tan locamente te has comprometido ?

— No pensaba en ello. Bastábame mi ventura presente y no pensaba en mis desdichas venideras.

— ¿ Con que eras tan feliz ? — preguntó D.<sup>a</sup> Inés con un acento que aumentó los temores de la jóven.

— Mucho, señora.

— Y tal vez por esa razon desdeñas al noble caballero D. García, con quien tu padre tenia concertada tu union.

— Mi padre, señora, no habia contraido un compromiso tan grave como quereis suponer. Amaba demasiado á su hija para haberla obligado á contraer un enlace que su corazon podia rechazar.

— ¿ Qué quieres decir con eso ?

— Que aun cuando no amase á Martin, aun cuando mi corazon me perteneciera, no podria jamás entregárselo á D. García.

—Está bien; vuestro tío tendrá conocimiento de semejante decision, y tanto él como yo sabrémos lo que hemos de hacer.

—Cuanto hagais será inútil para obligarme á ceder.

—Perfectamente, señora, así se lo participaré á vuestro tío.

Y el acento de D.<sup>a</sup> Inés, tranquilo, sereno, pero agudo como la hoja de un puñal, hirió de tal modo á Isabel, que no pudo menos de tender sus manos en ademan suplicante á su tía diciéndola con voz conmovida:

—Por piedad, señora, no me obligueis á contraer un enlace que mi corazón rechaza; no me hagais la mas desventurada de las mujeres.

D.<sup>a</sup> Inés no contestó una sola frase. Miró á su sobrina de un modo frio y severo, y salió del aposento.

Un momento despues Isabel estaba en su cámara, y arrodillándose ante el reclinatorio, sobre el cual se veia una imágen del Redentor, exclamaba con voz sollozante y acongojada:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! Venid en mi ayuda.

D.<sup>a</sup> Inés no dijo nada á su esposo durante aquel día.

Únicamente llamó á uno de sus escuderos de mas confianza, y llevóse hablando misteriosamente con él un buen espacio.

Martin, entretanto, hallábase bien ageno de lo que habia pasado en aquel palacio en que habitaba la mujer que amaba tanto. Esperaba con extraordinaria impaciencia la llegada de la noche para acudir á aquella reja muda confidente de los mas ardientes juramentos, de las mas enamoradas protestas.

Calahorra nada habia vuelto á decir á su amigo.

Contemplábale tristemente, y con solícito afan acudia cada mañana á verle, temiendo siempre no le hubiese sucedido alguna desgracia.

Porque el antiguo paje de D.<sup>a</sup> Inés sabia las nocturnas excursiones de su amigo, y á cada momento tenia no le aconteciese en ellas algun contratiempo.

Conocia muy bien á D.<sup>a</sup> Inés y temblaba por el momento en que llegase á conocer el secreto de los amores de su sobrina.

Habitando pared por medio de la casa donde Martin vivia, rara era la noche que se recogia en su lecho hasta que su amigo no hubiera entrado ya en su casa. Su atento oído vigilaba siempre, y el mas leve rumor causábale una inquietud indescribible.

Acosábanle constantemente los mas sombríos presentimientos, y precisamente en el mismo día en que tenia lugar la entrevista de Isabel con su tía, nuestro menestral estaba tambien mas preocupado que nunca.

Al verle aquel día Martin habiale preguntado alegremente:

—¿Qué tienes, Calahorra? Paréceme verte mas preocupado y sombrío que de costumbre. ¿Acaso te ha llegado el turno de enamorarte?

No—contestó con triste y severo acento el interrogado. —No se ama mas que una vez á la vida, yo he amado ya y desgraciadamente me he convencido de que hay mujeres que desdichadamente no pueden dar de sí mas que dolores.

—En cambio hay otras que llenan de ventura nuestra vida.

—¡Ay! de esa ventura cuando el cierzo de la desgracia se desencadena contra ella.

—Eso no sucede siempre.

—Hay mujeres que ejercen una maléfica influencia sobre todo cuanto con ellas se relaciona.

Vibró de un modo tal el acento de Calahorra, que su amigo no fue dueño de dominar la impresion que le hiciera.

Cuando trató de contestar á su amigo, acababa este de abandonar la tienda. Pronto ideas mas halagüeñas borraron de la mente del jóven el efecto de las frases de su amigo.

Cuando cerró la noche, cuando las tortuosas y empinadas calles de Cuenca quedaron abandonadas á los rufianes que de las sombras se aprovechaban para ejercer sus fechorias y á los amantes que se aprovechaban de la oscuridad y del silencio, Martin, envuelto en su negra capa y bien asegurado de que su espada y su puñal jugaban libremente, abandonó su casa dirigiéndose con mesurado paso y oido atento y perspicaz mirada hácia el palacio de Isabel,



Mas amante y enamorado que nunca aproximóse nuestro amigo á aquella reja, á través de la cual se dibujaban las esbeltas formas de su amada.

La pobre niña no quiso revelar al joven la violenta escena de aquel día, y tenía que hacer grandes esfuerzos para dominar su dolor y su inquietud.

Embebidos en sus amorosas pláticas transcurrían las horas, cuando de repente sintió Isabel una mano que se apoyaba sobre su espalda y la arrastraba hácia el interior del aposento, y una voz que la llenó de espanto la dijo con acento colérico:

—Basta, señora, no volveréis á deshonrar el nombre que llevais.

—Piedad, señor, —murmuró la joven que acababa de reconocer la voz de su tío.

—¿Qué sucede?—preguntó Martin alarmado por la súbita desaparición de Isabel y por el rumor de aquellas frases.

Pero no tuvo tiempo de decir más.

Vióse rodeado inmediatamente por seis ú ocho rufianes que, cogiéndole desprevenido, le desarmaron, le arrastraron fuera de la calle donde estaba el palacio, y después de haberle apaleado sin compasión, le dejaron tendido en el suelo sin movimiento y derramando la sangre por más de una herida.

Largo rato permaneció allí.

Lo avanzado de la hora y lo acostumbradas que estaban las gentes de aquel tiempo á escuchar durante la noche el rumor de más de una refriega, fue causa de que nadie tratara de averiguar cuál había sido el resultado de la que nos ocupamos.

Más de dos horas hacía que Martin estaba tendido inerte sobre el duro suelo, cuando se aproximó á él un hombre embozado también y que al tropezar con su cuerpo exclamó:

—¡Diablo! ¡Un hombre! ¿Si estará ébrio ú muerto?

Y descubriendo una linterna que llevaba oculta bajo la capa la aproximó al rostro del joven.

Al reconocerle un rugido de cólera se exhaló de sus labios.

—¡Martin! —exclamó con terrible acento, —¡Ira de Dios! ya presentía alguna desgracia, pero ¡ay! de tus asesinos.

Y buscando precipitadamente el corazón de su amigo, pues ya se habrá comprendido que el hombre que acababa de hablar así era Calahorra, puso su mano sobre él, exclamando á los pocos momentos:

—Hay vida todavía; yo te salvaré.

Y cogiendo entre sus robustos brazos el inerte cuerpo del joven, dióse á correr por las calles de la ciudad, evitando tropezar con alguna ronda que, si bien no aparecían jamás donde hacían falta, solían presentarse cuando más podían estorbar.

Rendido, falto de aliento pudo Calahorra llegar hasta su casa, y depositando á Martin sobre su lecho, examinó precipitadamente el cuerpo de su amigo.

Parecióle que ninguna de las heridas que recibiera eran mortales.

Los rufianes que le acometieron diéronle de palos, y solo algún que otro pinchazo demostraban que hubo alguna hoja de espada que tomó su parte en la refriega.

Así era; Martin consiguió apoderarse del garrote de uno de sus acometedores y de tal manera se defendió, que el desarmado se vió obligado á echar mano á la espada para poner término á la refriega.

Estas eran las heridas que tenia el jóven. Además todo su cuerpo estaba magullado, y anchos círculos amoratados demostraban los golpes que recibiera.

—¡ Oh ! ¡ los miserables ! — murmuraba Calahorra á la par que lavaba cuidadosamente las heridas de su amigo — han querido deshacerse de él por infames medios, però yo le vengaré.

Despues que hubo lavado las heridas y puestó sobre ellas algunos vendajes provisionales, despertó á la anciana que le servia y al mozo que le ayudaba en las faenas de su comercio, y dejando á su cuidado al herido salió de la casa en busca de un médico.

Poco tiempo despues penetraba, acompañado de este, en la estancia donde quedara Martin.

El jóven todavía no habia vuelto en sí.

El médico estuvo examinándole con escrupulosidad, y volviéndose despues á Calahorra le dijo :

—¡ Por mi nombre ! qué bien maltratado se encuentra vuestro amigo.

—¿ Pero se salvará ? — preguntó anhelante el menestral.

—Al menos así lo espero. Ha perdido mucha sangre, sus heridas han debido ser muy dolorosas, y todo esto reunido le produce ese prolongado desmayo, pero no tengais cuidado, pronto volverá en sí.

El médico dió comienzo á la cura, y como habia dicho, muy bien poco tardó Martin en abrir los ojos, aun cuando muy pronto el dolor que la curacion le ocasionaba se los obligó á cerrar.

—No paseis temor — dijo á Calahorra ; — pronto cesará ese estado, aun cuando debo aconsejaros mucha prudencia despues, porque la fiebre que sobrevendrá será terrible.

—¡ Pobre amigo mio ! — murmuró Calahorra.

A la mañana siguiente la tienda de Martin permaneció cerrada con gran sorpresa de los vecinos que no cesaban de preguntar cuál era la causa.

Calahorra dijo que su amigo estaba enfermo, y que para estar mejor asistido, puesto que vivia solo con su criado, le habia hecho transportar á su casa.

Nadie sospechó la verdad.

La mujer y el criado que Calahorra tenia en su casa eran sobradamente fieles para haber hecho traicion á su amo.

Apenas pudo hablar Martin, sus primeras palabras fueron para preguntar por Isabel.

Calahorra no sabia nada, mas le dijo que averiguaria lo que pudiera.

Y efectivamente cumplió su palabra.

Enteróse de tal modo que no pudo quedarle duda alguna de lo que se imaginara desde la noche que recogió el cuerpo inanimado de su amigo ; que Isabel y Martin serian desgraciados toda su vida.

D. García de Azagra habia llegado á Cuenca y estaba aposentado en casa de doña Inés.

Circulaba entre los servidores de la casa la noticia de que venia á casarse con doña Isabel, y ya se estaban haciendo los preparativos para unas bodas que, teniendo en cuenta la calidad de los contrayentes, habian de ser sumamente espléndidas.

Es decir, se iba á sacrificar á la jóven, destrozando al mismo tiempo el corazon de su amante.

Así fue que se contentó con decirle que sus tios habian descubierto los amores de Isabel, y que la tenian sumamente vigilada.

Al día inmediato de hecho aquel descubrimiento por Calahorra, decidióse por dar un paso que en otras circunstancias y aunque hubiese sido por sí mismo, no habria dado. Dirigióse al palacio de Carrillo de Albornoz, y solicitó ver á D.<sup>a</sup> Inés.

Al cabo de tantos años transcurridos sin haber cruzado una palabra con la dama, no pudo menos de estremecerse al verla aparecer ante sí grave y severa como siempre, y mas altiva y orgullosa que nunca.

Sin dar tiempo á que su antiguo paje la dijera nada, preguntóle de mal talante:

—¿ Á qué habeis venido ?

Semejante pregunta devolvió á Calahorra toda la serenidad que perdiera al verla penetrar en la estancia.

Alzó fieramente la cabeza, y dominando su cólera repuso:

—He venido, señora, á demandaros gracia para dos desdichados á quienes vos solamente podeis hacer felices.

Miró la dama profundamente á su interlocutor, y preguntóle acentuando de un modo irónico cada una de sus palabras:

—¿ Y desde cuando el villano Calahorra se ha metido á abogar por los desgraciados ?

—Desde que la noble señora D.<sup>a</sup> Inés de Barrientos, ni sabe apreciar los servicios que se le hacen, ni es capaz de dar la ventura á quien la merece.

Y el acento con que el menestral pronunció estas palabras vibró de tal modo y fue tan expresivo, que D.<sup>a</sup> Inés no pudo menos de permanecer algunos momentos sin poder articular una sola frase por la misma emocion que experimentaba.

Pero la reaccion, como lógica consecuencia, debia ser mucho mas violenta.

Con la mirada centelleante y el ademan altanero, dijo, señalando con la mano hácia la puerta:

—Salid inmediatamente.

—Permitidme que os diga el objeto que aquí me ha traído.

—No necesito saberlo.

—Yo quiero que lo sepais y lo sabréis, aun cuando hubierais de emplear conmigo el mismo medio que empleasteis con mi amigo Martin para alejarle de las rejas de vuestra sobrina.

Á semejante alusion la dama sintió temblar sus labios de cólera, y con balbuciente acento exclamó:

—Salid.

—Os he dicho que me escucharéis, y si llamais á vuestros criados será peor para vos, porque ante ellos diré lo que á solas trataba de deciros.

—Es decir, que os habeis propuesto ofenderme siempre.

—No tal; vos, señora, es la que os venis atravesando en mi camino desde mis primeros años, y por mi desgracia ha sido solamente para mi mal.

—¿Acabaréis de una vez? —gritó D.<sup>a</sup> Inés haciendo esfuerzos poderosos para dominar su furor.

—Despues de la infamia cometida con mi amigo Martin, el mismo que salvó á vuestra sobrina cuando vuestros escuderos la dejaron abandonada, comprenderéis que no es digno de vos ensañaros no solamente con él, sino con vuestra parienta, con la desdichada D.<sup>a</sup> Isabel á quien tratais de sacrificar.

—Basta —murmuró con voz sorda D.<sup>a</sup> Inés.

—No he concluido todavía, y aun cuando no sois digna de que os hable con un lenguaje conciliador, quiero evitaros el remordimiento que os aguarda si persistis en llevar á cabo vuestro intento.

—Proseguid—dijo la dama con un acento cuya frialdad y calma, contrastando con la tempestad que rugía en su seno y que se trasparentaba en su rostro, era mucho mas amenazador todavía.

—Martin está moribundo en el lecho, vuestros servidores ejecutaron maravillosamente su cobarde hazaña, y sin duda os hubieran librado para siempre del hombre á quien deberiais haber tenido agradecimiento, á no haber sido por mí que pude socorrerle á tiempo.

—¿Con qué fuisteis vos?

—Yo, sí, señora; ya comprendo que no puede placeros en gran manera esto, y que será quizás un nuevo motivo para vuestro enojo, mas impórtame poco este, pues ni ando en aventuras nocturnas en que pudiera tropezar con vuestros servidores, ni tengo torpe todavía el brazo para no poder desembarazarme del puñal de un asesino.

—¡Miserable!—gritó la dama con explosion.

—Os decia —prosiguió Calahorra con una calma y un aplomo extraordinario — que queria evitaros el remordimiento de haber causado la desdicha de dos personas, y para esto me atrevo á daros un consejo.

—¡Un consejo vos!

—¿Acaso creeréis que no os hace falta? Pluguiera al cielo que hubiéseis escuchado siempre consejos como los míos, y hoy habria multitud de seres que os bendecirian.

—Pero ¿no terminaréis?—dijo D.<sup>a</sup> Inés para quien esta escena era inmensamente terrible.

—Sí, señora. Desistid de ese enlace que habeis proyectado para vuestra sobrina, que yo á mi vez me comprometo no á que Martin la olvide, pero sí á que se aleje de aquí, que no la vea mas. De ese modo podeis estar tranquila, de ese modo podrán ser ambos desgraciados; pero no los desesperaréis, no los martiriceis dando á D.<sup>a</sup> Isabel un esposo á quien aborrece y á mi desventurado amigo el horrible tormento de ver á la mujer que adora en brazos de un esposo que sabe ha de serla odioso.

—¿Habeis concluido ya?

—Réstame suplicaros que os hagais cargo de mi demanda, ya comprenderéis que

ambos, si han faltado, en lo que os digo se les impone una expiacion dolorosa tambien. Ved que nunca es mas grande, ni mas noble, ni mas digna una persona que cuando practica el bien, y ya que vos no querais hacer este, no aumenteis el mal que hará dos desdichados en la tierra y á vos os causará un remordimiento que os punzará cruelmente.

—¿Teneis mas que decir? volvió á preguntar la dama con los labios pálidos de cólera.

—A vos os toca responder—contestó Calahorra.

—La única contestacion que debo daros,—dijo D.<sup>a</sup> Inés al cabo de algunos momentos que necesitó para serenarse —es que salgais de mi palacio y que no volvais á intentar jamás, jamás ¿lo entendeis bien? penetrar en él.

—¿Es decir que persistís en vuestra idea primitiva? ¿que no quereis mostrarnos piadosa y buena?

—No. Marchad de aquí.

—Está bien señora, mas algun dia os arrepentiréis del mal que habeis ocasionado; però entonces será tarde para remediarlo y para eludir el castigo divino al que os haceis acreedora. Entre tanto debo deciros que todo lo intentaré, que haré cuanto posible sea por estorbar ese enlace que proyectais.

—Salid he dicho—gritó la dama en el paroxismo del furor.

—Ya me alejo pero os ruego por última vez que no olvideis mis palabras.

Y Calahorra arrojando una última mirada sobre su antigua señora, mirada resplandeciente de desesperacion y dolor salió de la estancia y poco despues del palacio de Carrillo de Albornoz.

D.<sup>a</sup> Inés necesitó un buen espacio para reponerse de lo que habia sufrido durante aquella escena.

Fácil es de suponer teniendo en cuenta su carácter y sus condiciones, lo que se mortificaria escuchando al menestral, cuando desde los primeros momentos no habia hecho que sus criados le arrojaran á la calle.

Pero el temor de que Calahorra descubriese ante ellos toda la infamia que cometeria provocando un escándalo, la hizo doblegarse, y esto en una mujer de su temple debia aumentar poderosamente el odio que ya profesara á su antiguo paje.

Calahorra regresó á su casa con la desesperacion en el alma.

D.<sup>a</sup> Inés, así que estuvo serena dirigióse hácia las habitaciones de su esposo á quien hizo presente que era necesario que se activase el matrimonio de su sobrina.

D. Luis acostumbrado á ceder ante la voluntad de la dama hizola algunas objeciones respecto á la repugnancia manifestada por Isabel, objeciones que de nada sirvieron ante la incontrástable decision de D.<sup>a</sup> Inés.

La desdichada Isabel sufría horriblemente.

Habia hablado con su tio; explicóle con entera franqueza el estado de su corazón, le dijo la repugnancia que aquella union la inspiraba, y tal vez D. Luis habria accedido á romper un matrimonio que causaria la desventura de su sobrina á no haber sido por su esposa.

La pobre niña ignoraba la suerte de su amante.

Desde aquella terrible noche, rigurosamente guardada, vigilada con una persistencia implacable, ni pudo enterarse de su estado, ni hacerle saber la terrible situación en que estaba.

Y los días se pasaban y se acercaba el momento temido por ella y tan deseado por D.<sup>a</sup> Inés.

Isabel trató de tentar un postrer esfuerzo.

Solicitó tener una entrevista con D. García de Azagra, y el anciano señor se prestó gustoso á ella.

Isabel le reveló la verdad entera. Hizo una confesion franca de cuanto pasara, añadiéndole que aquella union no produciria mas que su eterna desgracia.

Mas cuando Isabel esperaba que el caballero renunciaria á su mano, que no llevaria su avilantez al extremo de hacerse cómplice en la infamia que su tia proyectaba, escuchó con el mayor asombro que D. García la dijo :

—No paseis temor alguno, señora ; si vuestro corazon no me pertenece hoy, ya llegará el dia en que me pertenezca. Esos amores de que me hablais, como indignos de vos, los olvidaréis y seréis feliz cual yo lo seré tambien.

—¡ Oh ! nunca — repuso con resolucion la jóven.

—Peor para vos si así sucede — contestó el anciano caballero con frialdad.

Y salió de la estancia dejando á la jóven desesperada.

Su última esperanza se habia desvanecido.

Desde aquel momento solo pensó en un objeto. En salir de aquella casa, en huir para siempre del lugar donde solamente la aguardaba el mas horrible de los martirios.

Mas ¡ ay ! sus verdugos estaban muy prevenidos tambien.

Cuantas veces buscó un pretexto para salir á la calle, otras tantas le fue prohibido, y no tuvo mas remedio que resignarse á padecer.

Calahorra, mientras tanto, habia concebido tambien el plan audaz de robar á la jóven.

Sin decir nada á su amigo, él solo se dirigió hácia el mismo lugar por donde hablaban los dos amantes, y trató de violentar la reja confidente de sus tiernos coloquios.

Muchas noches empleó en aquella ruda tarea.

Entretanto Martin habia ido mejorándose de sus heridas, y precisamente el dia en que Calahorra tenia terminado su trabajo, el jóven frenero estaba ya en disposicion de poder soportar cualquier emocion por violenta que fuese.

Su amigo habia ido preparándole convenientemente, y en ese dia confesóle el riesgo que su amada corria, lo que habia hecho y la única esperanza que abrigaba.

Martin esperó con impaciencia que llegase la noche.

Hallábase dispuesto á todo para salvar á su amada, y cuando cerró la noche, cuando el silencio y la quietud reinaban por completo en la ciudad, los dos amigos se dirigieron hácia el lugar de donde tan gratos recuerdos conservara Martin.

La reja, completamente falseados algunos de sus barrotes, permitió la entrada de los dos amigos hasta el mismo aposento por donde hablara Isabel.

Dentro ya, Calahorra que conocia perfectamente el interior del palacio, sirvió de guia á su amigo.

Sin obstáculo alguno pudieron llegar hasta las habitaciones de Isabel, pues ya el menestral se habia de antemano enterado del lugar en que estaba.

Sorprendióles extraordinariamente no encontrar á nadie en ellas, y mas que todo ver abiertas varias cajas de joyas, encendidas las luces que en el aposento habia, é intacto el casto lecho de la jóven.

Un presentimiento extraño se apoderó de Calahorra.

Habia comprendido ya que en el palacio no reinaba el silencio que era de esperar, dada la hora en que estaban, y preciso se hacia que existiese para ello una causa muy poderosa.

Volvióse hácia su amigo y le dijo con voz sorda :

— ¡ Martin ! témome que hemos llegado tarde.

— ¿ Qué quieres decir ?

— Nada ; sígueme.

Y alentando apenas y como obedeciendo á una súbita inspiracion, acordóse que por los desvanes se llegaba á la cúpula de la pequeña capilla del palacio donde habia una especie de tragaluz, en el cual se apoyaba la cuerda que sostenia una enorme lámpara que alumbraba el altar.

Calahorra, que conocia perfectamente las habitaciones mas retiradas y las escaleras menos frecuentadas del enorme caseron, subió al desvan conduciendo á su amigo, y momentos despues asomaba su pálido rostro por el tragaluz de que acabamos de hacer mencion.

Una exclamacion de cólera y desesperacion se exhaló de sus labios.

— ¿ Qué sucede ? — preguntó su amigo con voz balbuciente.

— Nada, nada — repuso : — salgamos de aquí.

— ¿ Pero qué hay ?

— Cuando estemos fuera de aquí te lo diré.

— Mas...

— Vamos, vamos.

— ¡ Oh ! no saldré sin saber lo que ocurre.

Y antes que su amigo pudiera impedirlo, llegó al tragaluz y fijó sus ojos en la capilla.

Un gemido desgarrador brotó de su garganta.

En el momento de mirar al interior del sagrado recinto, el sacerdote revestido de su traje litúrgico, hechaba su bendicion á D. García de Azagra que tenia entre su mano la de la desventurada Isabel.

Pálida, agitada, desfalleciente habia sido arrastrada, mas bien que conducida, al altar, y sus labios apenas pudieron articular aquel *sí* que tan espontáneo y tan alegre debe pronunciarse.

Mas apenas hubo terminado la ceremonia, no pudo resistir mas y cayó desmayada á los brazos del que ya era su esposo ante Dios y los hombres.

Martin no pudo ver este desenlace.

Su amigo se apoderó de él, sostúvole en su desvanecimiento, sacóle precipitadamente del desvan, y adoptando mayores precauciones que para su entrada consiguió Calahorra encontrarse en la calle.

El desdichado frenero estaba insensible.

El golpe que recibiera fue tal, que abatió instantáneamente todas sus fuerzas.

Calahorra le condujo á su casa y le depositó en el lecho.

Del mismo modo Isabel tambien era conducida al suyo, del cual no se levantó mas.

Dos meses despues, el mismo dia en que la jóven era conducida al sepulcro despues de haber perdonado á su tia, causa de su muerte, el médico se atrevió á declarar fuera de peligro á Martin.

Calahorra habia sabido la muerte de Isabel, y cuando su amigo estuvo en disposicion de poder recibir semejante nueva, se la participó.

—No tardaré mucho en reunirme á ella,—fue la única contestacion que dió.

El menestral comprendió que no tardaria en realizarse el vaticinio de Martin.

El golpe que recibiera fue tan terrible que habia hecho, no solamente decaer su espíritu sí que tambien abatió por completo sus fuerzas.

En cuanto á D.<sup>a</sup> Inés, no comprendió ó no quiso comprender, que habia sido la autora de la muerte de su sobrina.

Su orgullo estaba satisfecho, preferia verla muerta á verla unida á un hombre de condicion oscura y miserable.

Un dia recibió una misiva extraña que, despertando su adormecido rencor, la produjo una excitacion inmensa.

La carta no decia mas que estas palabras:

«Vos fuísteis la causa de mi desventura.

«Vos habeis sido el verdugo de Isabel, y la que produce la desgracia de mi único, de mi solo amigo.

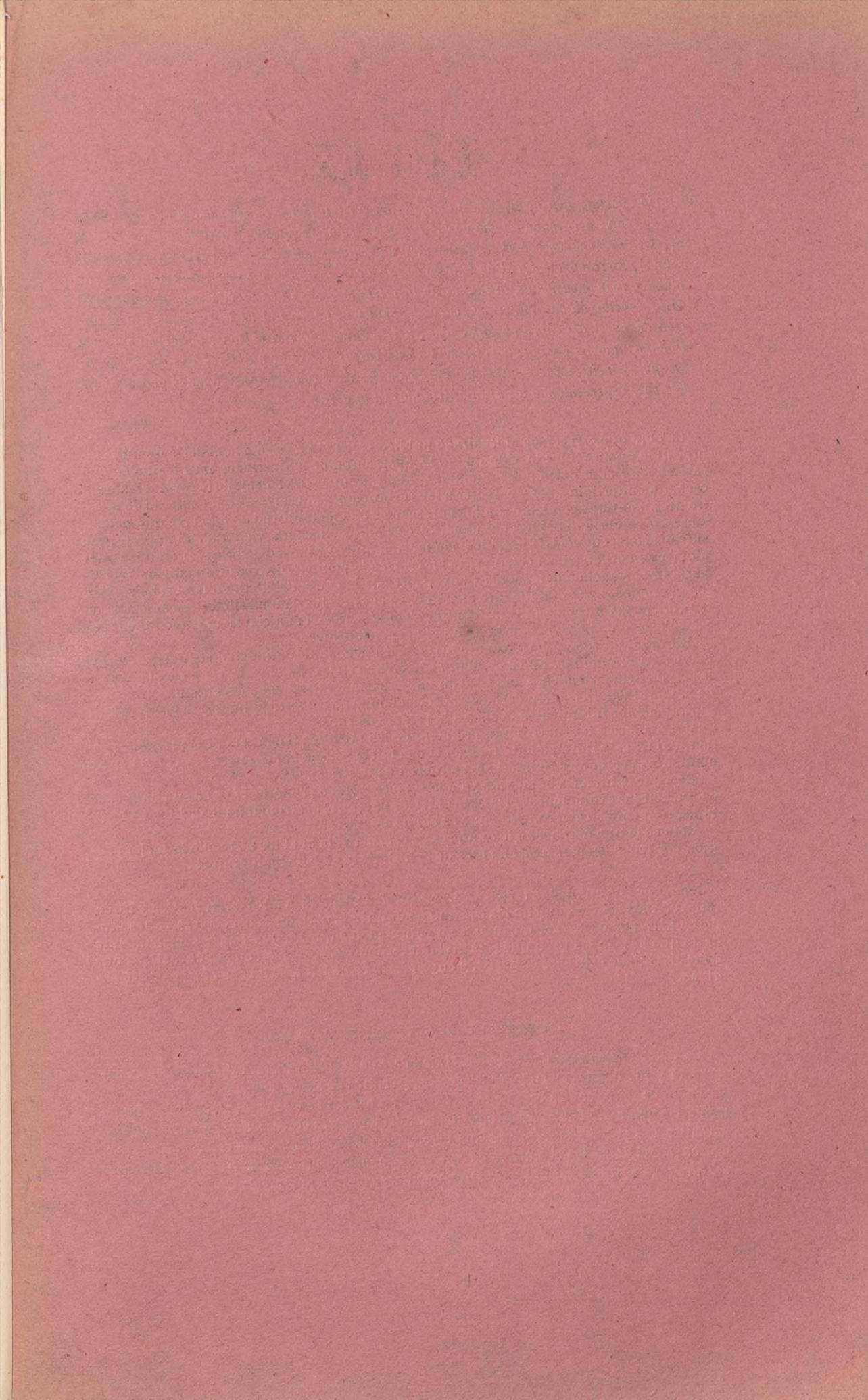
«Si podia perdonaros el daño que me hicísteis, si tuve valor para olvidarlo, no me sucede lo mismo respecto á D.<sup>a</sup> Isabel y á Martin.

«Os odio, señora, tanto como os habia amado; pero incapaz de vengarme de una dama, encomiendo á Dios solamente mi venganza, y estoy seguro que os alcanzará su justicia.»

Calahorra firmaba este papel, y antes de haber visto la firma ya sospechó D.<sup>a</sup> Inés su procedencia.

—¡Oh!—exclamó estrujándole colérica entre sus manos,—¡yo necesito la vida de ese miserable, que así se atreve á insultarme!

Por este tiempo hallábase Cuenca como la mayor parte de las ciudades españolas agitada y revuelta. Las demasías y los latrocinios cometidos por la falange extranjera que rodeaba al jóven rey Carlos I y el despego y el poco afecto con que trataba á sus vasallos, disgustaban á todo el mundo.



# PIO IX.

*Historia documentada de su vida y de los veinte y cinco primeros años de su glorioso pontificado, con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales de la época, relacionados con el catolicismo, y un exámen detenido de las tres situaciones del mundo, correspondientes al nacimiento de este gran Pontífice, á su elevación á la Sede romana y á la invasión de la capital de la cristiandad.—Obra escrita por los reverendos D. Eduardo María Vilarrasa, cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de nuestra Señora en Barcelona, y D. Emilio Moreno Cebada, doctor en sagrada teología: ambos examinadores sinodales de varias diócesis, y autores de algunas obras religiosas y científicas.—Espléndida edicion ilustrada con preciosas láminas grabadas sobre boj, representando los asuntos tratados en la obra.*

La obra que ofrecemos al ilustrado público español no es solo la historia de un hombre, ni la de un reino; la vida de Pio IX abarca uno de los periodos mas fecundos que relatan los anales del género humano. Agitada su cuna por el oleaje de la revolucion francesa, que imprimió sello y carácter á las revoluciones sucesivas, el nacimiento de nuestro gran Pontífice coincidió con la eflorescencia de una multitud de hombres que debian alcanzar celebridad deplorable unos, otros honrosísima; las vicisitudes que la Iglesia sufrió á consecuencia de la radical conmocion que á últimos del siglo sintieron los pueblos, ya en orden á las doctrinas, ya en orden á la política, dió naturalmente extraordinaria importancia á defensores y adversarios de la causa católica, en las escuelas y en los gabinetes. Las notabilidades suscitadas por la restauracion religiosa se enlazan con la primera juventud de nuestro Pontífice, como se relacionan con su nacimiento y niñez los colosos engendrados por la revolucion enciclopédica.

Elevado, en edad relativamente juvenil, á la mas alta dignidad de la tierra, Pio IX, clave sagrada del magnifico edificio de la civilizacion cristiana, ha tenido á su sombra las eminencias sociales, y la acertada manera como ha aplicado las altísimas máximas de la moral católica á la marcha de la sociedad fiel le constituye lumbrera siempre fulgurante de los inteligentes dóciles á la palabra de Dios.

Regulador de las soberanias, protector de los pueblos, fomentador del progreso verdad, Pio IX está íntimamente relacionado con todos los grandes sucesos y con todos los eminentes personajes religiosos y políticos de nuestra época.

Escribir la historia de su vida y de los veinte y cinco primeros años de su pontificado es escribir las evoluciones sociales acontecidas desde el destronamiento de Luis XVI hasta las tremendas catástrofes de que es el mundo funesto teatro.

Esto es lo que han hecho los autores de esta obra, la cual ha merecido la mejor acogida por todas las personas amantes de la historia y de la bella literatura.

Consta de dos abultados tomos en 4.º mayor con 26 láminas á 100 rs. en rústica y 120 en relieve. Á los señores que no les convenga adquirir la obra de una sola vez se les proporcionará por entregas, dejando á su voluntad las que gusten tomar semanalmente hasta que posean las 96 en que está dividida, siéndoles servidas con la puntualidad que tiene acreditada esta casa editorial, y cuyo precio es de UN REAL cada entrega de 16 páginas.

## **Puntos de suscripcion y venta.**

En Barcelona en casa de su Editor, el Heredero de D. Pablo Riera, calle de Robador, número 24 y 26, librería, y en todas las demás, y centros de suscripcion.

Fuera de Barcelona en casa de todos los Corresponsales de esta casa, atendiéndose igualmente las que avise cualquier otro particular aunque no sea corresponsal, mientras ofrezca garantía. Los señores suscriptores que deseen entenderse directamente con esta casa, pueden enviar el importe del número de entregas que gusten en *Sellos de franqueo*, *Libranzas del Giro mútuo*, ú otro medio, y les serán remitidas con toda puntualidad.